

Querido Antonio y querida hermana Marta

Quiero empezar recordándoos algo muy importante. Ya lo sabéis, pero muchas veces dejamos en el olvido las cosas que sabemos y ésta no se puede dejar en el olvido. Esta hay que tenerla siempre presente. Ese algo es que el protagonista de esta celebración es Dios. No sois vosotros, por mucho que os hayáis esforzado por prepararlo todo. Ni es vuestra hija, por más que se lleve la mirada de todos, ni mucho menos yo o lo que yo os pueda decir. Aquí hay un único protagonista. Y es Dios y sólo lo que el dice y hace es importante aquí.

Olvidar esto es terrible. Cuando olvidamos esto, olvidamos que Dios es Dios y, sin darnos cuenta ponemos en el lugar de Dios otros dioses que no son tales. Ponemos a otros o nos ponemos a nosotros mismos. Esta es nuestra locura. A los judíos les había pasado eso.

A finales del s. VIII antes de Cristo, el reino de Judea había alcanzado una vida relativamente confortable. Y les ocurrió como les ocurre a los que creen que tienen la vida en sus manos, a los que creen que pueden con la vida. Este verano estaba en Piedralaves, en el jardín de una casa que está al final de una cuesta. Subían temprano dos hombres ya mayores, subían pesadamente y comentaban cómo la cuesta se hacía con los años cada vez más pesada. Uno de ellos dijo: "Por aquí todos tenemos que pasar, también esos jovencitos orgullosos que se creen que van a ser algo y que van a poder con la vida". Eso es lo que les pasaba a los judíos de entonces y lo que nos pasa muchas veces a nosotros. Creemos que podremos con la vida. Vemos a nuestros padres o a nuestros abuelos, o a nuestros viejos amigos o a nuestros hermanos, y decimos para nosotros: "han fracasado". Y aunque sabemos que no estamos hechos de un barro diferente, creemos que a nosotros no nos pasará: "A mi no me pasará". Este es el orgullo de los jóvenes insolentes que miran a Dios pensando que al fin, Dios les tendrá que recompensar. ¡Se creen mejores que sus padres! Eso le pasó a Judá y nos pasa a nosotros.

En esta situación, de repente, dos reyezuelos del norte se levantaron para atacar a Judá. Y los orgullosos, de repente, se intranquilizan y zozobran. Aquí Judá pasa por una **segunda situación**, la del temor. Dios entonces les dice: "no temáis, volveos a mí y no temáis, pero si no me dais fe, no subsistiréis". Pero ante el temor, a pesar de que Dios les dice no temáis, tened calma yo os libraré, volveos a mí. ¿Qué hace Judá? Le parece que fiarse de Dios es fiarse de algo muy lejano. Así que busca otro aliado más fuerte. Esta situación es la más frecuente entre nosotros. Si los más orgullosos y pedantes se fían de sí mismos, el común de los mortales no hace nada mejor, sino que ingenuamente, pone su confianza en lo le dará su esposa, o su esposo, o sus amigos, o sus hijos... No estoy yo llamando a la desconfianza, ni al desamor. Estoy diciendo que el hombre no puede salvar al hombre. ¿Puedes, tú, querido Antonio, garantizar la vida dichosa de tu hija? Más aún, puedes garantizar su vida eterna? - No. La respuesta es no. Ojalá pudiésemos, pero no podemos. Ni nadie puede garantizar la vida dichosa nuestra. Ni tu mujer, ni tus hijos, ni nadie, no por maldad, sino porque somos tremendamente pobres.

¿Y sabéis lo que dice la Escritura? "maldito el hombre que fía del hombre". El hombre que pone su confianza en el hombre es un necio. Da lo mismo que se fíe de sí mismo, porque es un orgulloso, como los jóvenes altivos, o que, acobardado, busque a otros más poderosos. El caso es que Judá busca al más fuerte, al rey de Asiria. El rey de Asiria acude en su auxilio y derrota a los dos reyezuelos que le amenazaban. Pero somete a Judá a vasallaje, lo convierte en su siervo y lo domina, durante casi dos siglos. Y después de ese tiempo de humillación continua, vendrá la catástrofe total: Nabucodonosor lo cerca, lo destroza y se lo lleva cautivo a su tierra. Es la gran deportación a Babilonia, que tiene lugar entre los años 598 y 597 a. C. ¡cuántas veces, cuando una pareja ha venido a casarse, le he advertido en nombre de Dios: poned vuestra confianza en Dios. No creáis que os bastáis los dos mutuamente. Si no hacéis de Dios lo más importante, el centro real de vuestro matrimonio, fracasareis. El resultado, con los años siempre es el mismo. El hombre que se olvida de Dios fracasa. Antes o después, mirará hacia atrás y tendrá que confesar que su vida no vale nada.

El fracaso, esta es la **tercera situación** por la que pasa Judá y es la situación en la que muchas veces nosotros, después de haber hecho oídos sordos a Dios, nos encontramos.

Pues es en esta tercera situación en la que Dios vuelve a mandar al profeta a su pueblo. “Dile a los cobardes de corazón”. Antes habían sido orgullosos y engreídos, luego se dejaron seducir por falsas seguridades, ahora están fracasados y no tienen apoyo, no tienen certeza ni para vivir el presente, ni para el futuro, nada pueden ofrecer a sus hijos. Terrible. Dios les había dicho, fíate de mí, vuelve a mí y yo te salvaré. ¿Qué podrá decirle ahora? Podría decirle: te lo dije, así que ahora, te fastidias. Pero no. La misericordia de Dios es siempre sorprendente: Decid a los cobardes de corazón: “Sed fuertes, no temáis. Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, os resarcirá y os salvará”.

La respuesta al hombre sólo está en Dios y sólo Dios puede darla. Sólo Dios puede ofrecer al hombre un suelo firme en el que pisar y un futuro digno que esperar: su amor eterno e infinito, su propia vida divina. Curiosamente, cuando el reino de Judá fue atacado y Dios les había llamado para que volvieran su confianza en él y no temiesen, les había dado una promesa: “mirad, la virgen está encinta y da a luz un hijo. Y será su nombre Dios-con-nosotros”. La respuesta de Dios al hombre es su presencia entre nosotros, Dios con nosotros”. Ahora después del fracaso la respuesta es la misma: “Mirad a vuestro Dios... viene en persona”. Dios es lo único necesario. Quien crea otra cosa se engaña. Dios es lo único necesario y él no promete otra cosa sino su presencia salvífica entre nosotros: “Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán, saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará”. Dios es lo único necesario para el hombre, pero nuestros ojos son demasiado torpes para alcanzar a verlo, su palabra es demasiado excelsa para que nosotros podamos escucharla. Es como si pidiésemos a un pobre perro que escuchase a Mozart. Nuestra oración está demasiado manchada por el pecado para poder elevarse hasta él, no podemos escalar el cielo con estos pies. Estamos ciegos, sordos, mudos y cojos. Pero ¡ánimo! -dice Dios- ¡Yo en persona vengo a salvaros!

El Emmanuel, Dios con nosotros, Dios que salva, que hace que su Palabra se haga hombre para que el hombre pueda escucharla y para que pueda responder y así entrar en diálogo con Dios, en relación con Dios y le libera de la parálisis para que pueda seguirle. Eso es lo que vemos en Cristo. Y de eso da testimonio el Evangelio. Las promesas de Dios se han cumplido. “Mirad a vuestro Dios, él mismo en persona”. Estas palabras eran promesas para Judá, pero para nosotros son una realidad. Judá tenía que esperar su cumplimiento. Nosotros no, nosotros sólo tenemos que reconocer su presencia entre nosotros. Habéis oído el Evangelio: Jesús, Dios con nosotros que cura al sordo, al mudo. Pero Jesús no es un personaje que quedó sepultado por la historia, sino que vive. Y no sólo en el cielo, lejos de nosotros. Él realmente está vivo y presente, realmente presente en su Iglesia.

Lo que hemos visto en el evangelio es lo mismo que vamos a ver ahora en el Bautismo. ¿Qué ocurre en el Bautismo? Que un hombre es tocado por Cristo. Cristo lo toma y lo une a sí para recrearlo. Esto es lo que significa en el Evangelio el gesto de meter el dedo en las orejas y de tocar con la saliva la lengua del mudo. La salvación, el poder escuchar y responder a Dios, el poder entrar en la relación con Dios nos viene de nuestra comunión con Cristo, nos viene de que Cristo se ha acercado a nosotros y de que nosotros nos pegamos a él por la fe, nos abrazamos a él por la fe. Y Cristo sigue teniendo un cuerpo que es la Iglesia. Quien no acepta entrar físicamente y materialmente en la Iglesia desprecia esta presencia real de Cristo. Pues ahora, aquí, en la Iglesia, Cuerpo de Cristo, él hará el mismo milagro. Cristo que toma a un hombre y lo une a él, lo hace entrar en comunión con él.

Pero en el Evangelio vemos otros dos gestos en Jesús: mira al cielo. Es la referencia a su Padre. Quien se une a Cristo por la fe y el Bautismo es convertido en hijo de Dios. Y el evangelio dice que Jesús suspira. Es la referencia al Espíritu Santo. Si recordáis, cuando Jesús muere en la cruz, en evangelista san Juan dice que entregó el Espíritu, se refiere al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo con el que él había sido ungido en el Bautismo del Jordán. Y cuando resucita, dice: “Exhaló sobre ellos el Espíritu y les ordenó: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis les quedan retenidos”. Al entrar por el Bautismo en comunión con Cristo, él nos hace partícipes de su vida, de su relación con el Padre, nos hace hijos verdaderos de Dios, y nos da de su Espíritu.

Este Espíritu Santo es el amor con el que el Padre unge eternamente a su Hijo, el Espíritu de Dios. Y es el amor con el que el Hijo ama al Padre, el Espíritu del Hijo, el espíritu filial. Este Espíritu, vínculo de amor en la vida trinitaria, la vida misma de Dios, es el que Jesús entrega a su Iglesia, como os he dicho, cuando resucitado lo entrega a sus discípulos, el que él entrega en el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía.

En el Evangelio, el Espíritu Santo, este espíritu que nos introduce en la relación filial, viene simbolizado por el agua, presente aquí en el sacramento del Bautismo. Ya el profeta Isaías había dicho que, con la presencia de Dios brotan “aguas en el desierto, torrentes en la estepa; el páramo será un estanque, lo reseco un manantial” Y en

la versión griega del NT, se añaden la presencia de aves y vegetación numerosa, es decir, un vergel, un paraíso. Todo ese simbolismo es recogido en el bautismo cristiano que decoró los baptisterios, cuyo centro es la fuente del agua viva, con pinturas de vegetación y aves paradisíacas. La presencia de Dios es el paraíso del hombre. Pero el agua es elemento para expresar al Espíritu Santo, porque Jesús habló de él bajo la figura del agua. Recordad las palabras que dice a la samaritana: “Si tú conocieras quién es el que habla contigo, tú le pedirías y él te daría agua viva”. Y al final de la fiesta de las tiendas grita en Jerusalén: “Quien tenga sed, que venga a mí y beba”. El Espíritu Santo es el Espíritu que une al Hijo y al Padre y que sólo el Hijo puede donarnos para que nosotros podamos dirigirnos a Dios como a nuestro Padre.

Así pues, lo que se obra en el Evangelio, se obra aquí y se obrará el próximo domingo cuando muchos de los que estamos aquí nos volvamos a reunir para bautizar a Arturo, y cada vez que se celebra el sacramento del Bautismo en la Iglesia.

Ahora sólo quiero que entendáis dos cosas:

Primero. La misericordia de Dios, que sea una u otra nuestra situación, toma nuestro camino para hacerse presente a nosotros y salvarnos. Él nos salva, no nosotros. Él es el protagonista. Olvidar esto es tomar el camino del fracaso absoluto. Quien se aleja de Dios, se pierde. Y el camino que él ha tomado para llegar hasta nosotros, tocarnos con su amor y hacernos partícipes de su vida es un camino de humillación. No nos hemos elevado nosotros, él se ha humillado y ha tomado condición de esclavo y ha pasado por uno de tantos y se ha sometido a la muerte humillante de la cruz.

Segundo. Conforme a este camino que ha tomado Cristo para llegar hasta nosotros, no se os ocurra tomar otro camino, que no sea el de la humildad, no os consideréis mejores que nadie, no os creáis mejores que otros muchos que antes de vosotros fracasaron. La humildad es la verdad. Nosotros no somos nadie, nada podemos, el hombre es un sombra. Sólo Dios es necesario. Enseñad con vuestra vida a vuestra hija el camino de la humildad y llegará a gozar de la vida de Dios que hoy recibe como una semilla pequeña pero poderosa.

Enrique Santayana Lozano C.O.